

APUNTES DE LECTURA SOBRE EL CONCEPTO "GÉNERO"

Cristina Martín

Conocer a través de *La ventana* las reflexiones de Marta Lamas,¹ y en

¹ Lamas, Marta. "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", en *La ventana*, núm.1, Guadalajara, 1995.

ellas el pensamiento de quienes han conformado un nuevo y necesario concepto del vo-

cablo "género" —distinto de los conocidos: ni la terminación femenina o masculina de las palabras, ni un momento de la acción engendradora, ni una sección de catálogo, ni la tela de un vestido— es un beneficio de lectura. Empobrecida la lengua por la ciega repetición de neologismos indigentes —no los significados que inventa el ingenio, sino los nacidos del habla esclerótica de quienes alzan la voz precisamente para enseñar—, esta nueva acepción de un vocablo se agradece como restitución del magisterio de la palabra impresa y como un instrumento útil. Dialogar con el escrito de Lamas, escuchar y apuntar sus ecos, sus alternancias en otro pensamiento, es cuanto ensaya este otro escrito, incapaz de emular el rigor que lo inspira.

² Scott, Joan. "Gender: a usefull category of historical anallsys", en *American Historical Review*, núm.91, 1986.

Demuestra Lamas, citando a Joan Scott,² cómo la palabra "género", aplicada ya no al sexo mismo sino a la representación simbólica de la diferencia sexual, ayuda a distinguir que los rasgos de comportamiento atribui-

dos a los sexos femenino y masculino, y erróneamente entendidos como propios, naturales y esenciales del sexo, son tan aprendidos como todas las costumbres culturales. Explica que la configuración genérica de los humanos, relacionada con su configuración sexual pero no determinada estrictamente por ella, e influida por factores culturales —el lenguaje en primer lugar, como materia, lugar y condición del pensamiento, la educación, la ideología, la religión, el ambiente familiar, social y económico, etc.— es, además de impuesta, necesariamente estereotipada y limitada por esos condicionamientos externos. Encuentro incompleta esa afirmación porque, si bien los modelos culturales que nos forman necesariamente nos limitan, eligen por nosotros, son tan contradictorios como el medio que los induce, tan complejos como quien los experimenta, y pueden producir manifestaciones tan singulares y tan variadas como cada ser humano. Hay quienes reproducen total y pasivamente los moldes impuestos; quienes los asumen contradictoria o ambiguamente, y quienes los subvierten, en parte o en todo. Si no fuera así no habría cambio social, y lo hay; tampoco habría cambios en el imaginario genérico, y los hay.

Dice también Lamas que los sexos biológicos de la especie humana suman por lo menos cinco, que enumera como grados de una serie que podría ser más extensa y donde los dos reconocidos, mujeres y varones, aparecen en los extremos de la diferencia, al centro los hermafroditas, y en posiciones intermedias dos "intersexos", uno de predominio femenino y otro de predominio masculino. Los posibles aumentos de esa lista estarían en los grados y matices de diferencia

que la naturaleza pueda engendrar. Lo que no queda claro en ese catálogo de sexos es cómo las variantes enunciadas y sus diversos grados pueden ser considerados sexos biológicos, si se identifica este concepto con la función reproductora, con la existencia en un individuo de elementos anatómicos y fisiológicos capaces de desprenderse del sujeto productor para iniciar vida independiente, desarrollarse y convertirse en un nuevo sujeto semejante al primero. Si no es así, no está claro qué es entonces la función reproductora, si es condición accesoria o fundamental de la configuración sexual. Si la función reproductora es lo fundamental del sexo, el hermafroditismo y los intersexos, sean cuantos sean, resultan accidentes de la generación, sin que esta deducción encierre un juicio de valor personal —moral, social, etc.— respecto de los individuos cuya conformación sexual es anatómica o fisiológicamente excepcional.

Me parece que en sentido biológico estricto el sexo es, como en los animales y en las plantas, la función reproductora, y lo demás que relacionamos con el sexo, creado a partir del sexo, como el placer y el amor, son creaciones, inventos que hacen la sustancia misma de la humanidad, quizá lo más específico de la cultura, supremas perversiones del instinto, no menos ciertas y no menos fuertes, una vez creadas, que el instinto mismo. Creo que hay dos sexos, que se conjugan para reproducirse, y muchos otros usos de la sexualidad, genitales y no genitales, sin finalidad de reproducción biológica —aunque pueden tener capacidad reproductora, sublimada, en otros terrenos— donde los comportamientos y valores atribuidos generalmente a lo masculino y lo femenino se combinan en tantas y tan di-

versas formas como las de la imaginación humana. Podría haber, hipotéticamente, tantos géneros como personas si cada ser humano interpreta y reconstruye a su manera el imaginario sexual. Precisamente la utilidad del concepto de género como construcción simbólica es el entendimiento de que la predisposición biológica no es un determinante absoluto y que la pluralidad de vivencias de la sexualidad se entiende más en el terreno del género.

Que cierto número de configuraciones sexuales sean excepcionales desde el punto de vista de la reproducción, y que esas excepciones sean mucho más frecuentes de lo que suele reconocerse, no necesariamente excluye a los individuos que las experimentan del placer sexual, de los afectos, del trabajo en todas sus acepciones, del intelecto, de la posibilidad de cumplir con todo lo que comprende una personalidad "realizada", en donde la maternidad o la paternidad no son requisito indispensable así como la generación biológica no es indispensable en la maternidad o la paternidad por adopción. Tampoco la homosexualidad elegida, la preferencia homosexual de los individuos cuya configuración física no excluye ni reduce sus posibilidades de realización heterosexual es determinante de su conducta y de sus valores.

Que el cristianismo haya llamado vicios, aberraciones y monstruosidades a las diferencias físicas y psicológicas que pueden impedir o dificultar la reproducción, y que haya excluido a quienes las experimentan, es un prejuicio acreedor de resistencia y de ataque por parte de cualquier militancia justa en el terreno de los derechos humanos, pero no una consideración universal.

No todas las sociedades han valorado esas diferencias de la misma manera. Los griegos, que tomaron de Oriente muchas de sus costumbres e ideas sobre el género, legaron prototipos de masculinidad y feminidad que perduran junto a los cristianos, a veces fundidos con ellos, pero a veces opuestos. En el diálogo "El banquete", por ejemplo, Platón pone en boca de Pausanias una "teoría de género" que no es homófoba, aunque tampoco feminista:

El amor de la Afrodita popular [Polimnia] es popular también, y [...] reina entre el común de las gentes, que aman sin elección, lo mismo las mujeres que los jóvenes, dando preferencia al cuerpo sobre el alma. [...] sienten afección por todo lo que se presenta, bueno o malo, porque su amor es el de la Afrodita más joven, nacida de varón y de hembra. Pero no habiendo nacido la Afrodita Urania de hembra, sino tan sólo de varón, el amor que la acompaña sólo busca a los jóvenes. Ligados a una diosa de más edad, y que, por consiguiente, no tiene la sensualidad fogosa de la juventud, los inspirados por este amor sólo gustan del sexo masculino, naturalmente más fuerte y más inteligente.³

³ Platón, *Diálogos*, Porrúa, col. Sepan cuántos, México, 1969.

En el mismo diálogo, el médico Eriximaco expone un mito acerca de las diferencias sexuales que es todo un "sistema de género", con no pocas coincidencias, salvo en el antifeminismo, con el sistema quíntuple expuesto por Marta Lamas; dice así:

[...] en otro tiempo la naturaleza humana era muy diferente de lo que es hoy. Primero había tres clases de hombres: los dos sexos que hoy existen, y un tercero, compuesto de estos dos, el cual ha desaparecido, conservándose sólo el nombre. Este animal formaba una especie particular y se llamaba andrógino; porque reunía el sexo masculino y el femenino, pero ya no existe y su nombre está en descrédito. En segundo lugar, todos los hombres tenían formas redondas, la espalda y los costados colocados en círculo, cuatro brazos, cuatro piernas, dos fisonomías unidas a un cuello circular y perfectamente semejantes, una sola cabeza, que reunía estos dos semblantes opuestos entre sí, dos orejas, dos órganos de la generación y todo lo demás en la misma proporción. [...] La diferencia entre estas tres especies de hombres nace de la que hay en sus principios. El Sol produce el sexo masculino, la Tierra el femenino, y la Luna el compuesto de ambos, que participa de la Tierra y el Sol. De estos principios recibieron su forma y su manera de moverse, que es esférica. Los cuerpos eran robustos y vigorosos y de corazón animoso, y por eso concibieron la idea de escalar el cielo y combatir con los dioses [...] Zeus dijo: [...] Los separaré en dos; así serán débiles y tendremos otra ventaja, que será la de aumentar el número de los que nos sirvan [...] Hecha esta división, cada mitad hacía esfuerzos para encontrar la otra mitad de que había sido

separada, y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal, que abrazadas parecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra. Cuando la una de las dos mitades perecía, la que sobrevivía buscaba otra, a la que se unía de nuevo, ya fuese la mitad de una mujer entera, lo que ahora llamamos una mujer, ya fuese una mitad de hombre; y la raza iba extinguiéndose. Entonces Zeus, movido a compasión, imagina otro expediente: pone delante los órganos de la generación, porque antes estaban detrás, y se concebía y se derramaba el semen no el uno en el otro sino en tierra, como las cigarras [...] y de esta manera la concepción se hace mediante la unión del varón y la hembra. Entonces, si se verificaba la unión del hombre y la mujer, el fruto de la misma eran los hijos; y si el varón se unía al varón, la saciedad de los sentidos los separaba bien pronto y los restituía a sus trabajos y demás cuidados de la vida. De aquí procede el amor que nos tenemos naturalmente los unos a los otros; él nos recuerda nuestra naturaleza primitiva y hace esfuerzos para reunir las dos mitades y restablecer nuestra antigua perfección. Cada uno de nosotros no es más que una mitad de hombre, que ha sido separada de su todo como se divide una hoja en dos. Estas mitades buscan siempre sus mitades. Los hombres que provienen de la separación de esos

seres compuestos que se llaman andróginos, aman a las mujeres; la mayor parte de los adúlteros pertenecen a esta especie, así como las mujeres que aman a los hombres y violan las leyes del himeneo. Pero a las mujeres que provienen de la separación de las mujeres primitivas, no les llaman la atención los hombres y se inclinan más

a las mujeres; a esta especie pertenecen las tribades.⁴ Del mismo modo,

los hombres que provienen de la separación de los hombres primitivos, buscan el sexo masculino. Mientras son jóvenes aman a los hombres; se complacen en dormir con ellos y estar en sus brazos; son los primeros entre los adolescentes y los adultos, como que son de una naturaleza mucho más varonil. Sin razón se les echa en cara que viven sin pudor, porque no es la falta de éste lo que les hace obrar así, sino que, dotados de alma fuerte, valor varonil y carácter viril, buscan sus semejantes; y lo prueba que con el tiempo son más aptos que los demás para servir al Estado. Hechos hombres a su vez aman a los jóvenes, y si se casan y tienen familia, no es porque la naturaleza los incline a ello, sino porque la ley los obliga. Lo que prefieren es pasar la vida los unos con los otros en el celibato. El único objeto de los hombres de ese carácter, amen o sean amados, es reunirse a quienes se les asemejan.

⁴ Del verbo griego τριβω: frotar, majar, apretar, trillar, triturar.

En franjas cada vez más amplias de la sociedad actual, y a pesar de la resistencia de la mayoría de los gobiernos y de la Iglesia católica a aceptar públicamente la existencia de diferencias de género y de prácticas de la sexualidad sin finalidad reproductora —que, sin embargo, tolera y cobija desde antiguo en sus filas— es cada vez más extendido el criterio de la tolerancia. Lo prueba la misma teorización sobre el tema aquí comentado y su divulgación, impensable en otros momentos de este mismo siglo; lo prueba la sustitución de las denominaciones denigrantes de la homosexualidad por la palabra *gay*; lo muestra la abundancia en el uso de imágenes que exaltan la intersexualidad en la publicidad, en los videos musicales de rock, en la moda del vestido. Hay países que admiten el matrimonio y la familia —paternidad por adopción, maternidad por adopción o inseminación artificial— entre personas del mismo sexo y acaba de ocurrir un encuentro de naciones donde hasta las fuerzas más conservadoras en relación con la sexualidad se han visto obligadas; si no a aceptar, sí a oír argumentos diferentes y a reformular los suyos ante la realidad y las demandas de pluralidad en materia de género u derechos sexuales.

No se podría afirmar que la homosexualidad ha crecido porque la hubo siempre, aunque no se la reconociera abiertamente, y porque no hay estadísticas pormenorizadas de la conducta humana —y no parece posible que las haya desde que los confesionarios dejaron de ser vaciadero de la información privada—, no sólo de la conducta sexual más obvia: matrimonio o celibato, sino de todos los actos privados, y más aún, de las pulsiones internas que desdican las eleccio-

nes públicas, pero parece evidente que en las últimas décadas ha aumentado la tolerancia. Homosexuales, transexuales y bisexuales de las sociedades urbanas más desarrolladas se organizan, actúan e influyen poderosamente en todos los terrenos de la cultura sin necesidad del ocultamiento. El Ejército, institución de fomento machista por excelencia, y también de larga tradición homosexual —dos hechos que no siempre se oponen, como se señala en "El banquete"— enlista mujeres en muchos países y debate en Estados Unidos la admisión de homosexuales declarados. Tanto ha crecido la manifestación abierta de lo que antes era pecado escondido, que en la poesía, en varias artes, surgen reacciones que reivindican el valor de la transgresión y del secreto como condiciones del placer.

Eso no significa que haya plena libertad en la experiencia sexual y en la expresión de lo genérico y que no sea necesidad de salud pública y de moral social seguir abriendo condiciones para la manifestación plural de las diferencias de género, y de todas las diferencias, pero es deber de la inteligencia y de la experiencia admitir cierto escepticismo sobre las posibilidades de la libertad humana. Mientras haya género humano habrá tendencias libertarias y resistencias conservadoras que cambian de signo de tiempo en tiempo: la bandera que lleva al poder una libertad reprime luego desde el poder otras libertades. Hay factores represivos muy poderosos que se oponen al ejercicio de los derechos de sexo y de género dentro y fuera de los individuos. Hay pobreza, hay ignorancia, hay embrutecimientos que impiden a todos los géneros saber qué género de experiencias les corresponden; hay Iglesia católica y fundamentalismos religiosos

musulmanes, por citar sólo los más extremos inquisidores que tenemos a la vista. Cuando se superen esas rémoras, que en alguna medida se irán superando, como se acabó el Santo Oficio, las sustituirán otras instituciones que procuren uniformar a la gente, y la mayoría de la gente querrá ser uniformada porque hay en la especie humana un miedo tan grande a la libertad que toda lucha ideológica y política por abrir condiciones de libertad tropezará con la preferencia de los más a soportar limitaciones que conjuren la soledad; a evitar cualquier conducta que no haya obtenido el consenso de un grupo, que ponga en riesgo la pertenencia a la tribu.

La elección manifiesta de una conducta sancionada por las normas sociales vigentes exige la inteligencia y el valor heroico de los pioneros. Cuando por el ejemplo y el impulso solitario de los pioneros, que implica no pocas veces el martirio, las condiciones sociales cambian, crece el número de los que se atreven a imitarlos y los imitadores se atribuyen las virtudes de los pioneros. Cuando lo antes condenado resulta aceptado y se vuelve moda, se ve, en el caso del comportamiento de género, que la tontería y la imitación vulgar, que no tienen género, o los tienen todos, se visten de excelsitud. No se es héroe en lo que busca todo comportamiento sexual y toda organización de lo genérico, que es la efímera experiencia de la plenitud, de la "completud", no se ama más ni mejor por el sólo hecho de reconocerse homosexual, transexual o heterosexual. El alcance y las calidades de la conducta, de los afectos y de las ideas son asunto individual, y el reconocimiento de la identidad sexual y el acuerdo con una configuración genérica son sólo una condición previa a la realización deseada.

Lo anterior no contradice la necesidad de conocer la expresión del sexo y las manifestaciones del género sexual para entender la sociedad, sólo relativiza la tendencia al fundamentalismo absolutista que es riesgo de toda militancia y también de la lucha por las libertades sexuales.

El propósito de *La ventana*: constituirse en lugar de reflexión, de llegada y salida del conocimiento sobre el género sexual, la sitúa en un terreno donde caben los matices, donde las ideas y sus contradicciones pueden examinarse con tiempo y detenimiento, donde la observación no está apremiada por la urgencia de las conclusiones, donde hasta el malentendido es útil. No se circunscribe al estudio de las costumbres locales. Sin embargo, es tanto lo que falta saber con cierta objetividad de lo que se dice y se supone de los hábitos del sexo y de las representaciones de género en Jalisco y Guadalajara, que sería deseable que *La ventana* acompañara a sus lectores a asomarse a las costumbres regionales.

Me permito enumerar algunos de los asuntos que, en lo personal, me gustaría conocer con mayor amplitud y certeza: el mito de la feminidad en la fundación de Guadalajara; los prototipos femeninos mexicanos tapatíos comparados con los fronterizos del norte, centro y sur del país; la composición social y costumbres de convivencia en los conventos de Jalisco antes y después de la colonia; las costumbres sexuales de los Altos de Jalisco: origen, peculiaridades y evolución actual por influencia de la televisión y la migración a Estados Unidos; el episodio histórico de "los 41" jóvenes sorprendidos en "orgía" y su tratamiento público y privado (prensa y entrevistas); el sistema de género y la charrería; la "narcocultura" y el género; la su-

pervivencia y evolución de los rituales de petición de mano, compromiso, despedida de solteros y ceremonia matrimonial; etcétera. Es tan extrema la reserva de la sociedad jalisciense, y de la tapatía, muy en particular, sobre sí misma, en lo que hace a los aspectos cotidianos de la cultura tratados en lenguaje vivo, que sólo ha empezado a subvertirla una muy reciente generación de dibujantes de caricatura humorística y política. Si *La ventana* se abriera a ese difícil espejo de la sociedad en que vive, sería heroica.

Sin duda las investigaciones arriba enlistadas correrían el peligro de caer en el chisme, y seguro que no les sería difícil superar la observación sociológica, que Marta Lamas distingue en la obra citada del sexo biológico, de la diferencia sexual psicológica y del género, pero las fronteras entre esas complejas nociones se verían más claras ilustradas con lo conocido.